

El egoísmo y el amor propio

Por ENRIQUE GUARNER
(Primera parte)

Una novela en la que el egoísmo así como el amor propio juegan un papel predominante fue «The portrait of Dorian Gray», escrita por Oscar Wilde y publicada en 1891. El argumento nos describe a un joven atractivo e irresistible, cuyo retrato es pintado por Basil Hallward en presencia de Lord Harry. Las consideraciones cínicas de este último hacen que Dorian Gray formule el deseo de que sea la pintura la que sufra las injurias del tiempo y de las pasiones, en tanto que él conserve para siempre su juventud y poder seductor. Pronto Dorian enamora a la actriz Silvia Vane, quien se le entrega totalmente, para luego ser despreciada y llegar hasta el suicidio.

A partir de este momento la depravación y degeneración acompañan al personaje que solamente vive para su egoísmo, conservando la belleza mientras el retrato acusa todos los estigmas del vicio. En un detalle de vigoroso realismo Dorian Gray muestra el cuadro que había escondido en el desván a su autor y después lo asesina, haciendo que desaparezca el cadáver del artista sin dejar rastro alguno.

Dorian Gray con su enorme narcisismo continúa su vida disipada y libertina arrastrando en su caída a cuantos lo quieren hasta que el arrepentimiento lo obliga a destruir el lienzo por medio de un puñal, que a la mañana siguiente aparece clavado en su corazón. Curiosamente el cuadro recobra la belleza original en tanto que Dorian adquiere el aspecto repulsivo de un ser abyecto.

Según el *Random House Dictionary*, el término egoísmo se refiere al hábito de evaluar cualquier cosa a favor de los intereses de uno mismo. En sí, la palabra sería lo opuesto del altruismo y daría lugar al amor propio, que es la causa de los particularmente interesados en su favor personal. La raíz latina del egoísmo procede del *ego*, vocablo para designar al «sí mismo». Durante siglos fue un pronombre hasta que Sigmund Freud desenterró el término para darle como significado el de la parte organizada de la mente, la cual reacciona ante el medio externo y las fuerzas primitivas del inconsciente. Por lo tanto, el descubridor del psicoanálisis dividió al aparato psíquico en tres porciones: el *ello*, que contiene la energía instintiva; el *superyo*, que comprende los elementos morales que los padres y la sociedad nos imponen; y el *yo*, que es el concepto que tenemos de nosotros mismos. Cuando el *yo* o *ego* se hipertrofia, como en el caso de Dorian Gray, nos enfrentamos con un problema de narcisismo que únicamente busca su propia ventaja.

El aislamiento de las emociones y los estados crónicos de las mismas dan lugar a la posición egoísta que determinados seres mantienen haciéndoles que solamente se amen ellos. Es interesante señalar que la palabra narcisismo proviene del mito griego de «Narciso y Eco», en el cual el protagonista dedicaba su tiempo a admirarse en un río como si fuera un espejo y a preguntarse: ¿Quién es el ser más bello que existe? La respuesta del eco era siempre igual «Tú Narciso».

Es importante señalar que el ser que vive en su egoísmo se encuentra siempre solitario, puesto que no trasmite nada de valor, de posesiones o cariño hacia aquellos que le rodean. Lo único que desea es obtener ventajas, goces, propiedades y como Dorian Gray hacer daño y obtener justificación después de haberlo efectuado.

Se habla con frecuencia del problema «Capitalismo versus Comunismo» y casi nunca se tiene en cuenta el factor egoísmo como elemento que determina la lucha de clases. El fenómeno de la propiedad privada es tan antiguo como la historia de la Humanidad. Por derecho natural los hombres sin distinción deben tener aquellos bienes que sean necesarios para una vida decorosa, tanto propia como de sus familiares. Sin embargo, la acunión exagerada en unos cuantos perjudica el destino de la mayoría.

El concepto de propiedad ha sido estudiado por diferentes antropólogos. Por ejemplo, Ralph Linton señala que los Tanala tienen escasas necesidades materiales y que la cosecha es la posesión exclusiva de la familia. Sin embargo, las herramientas que posee la tribu pueden ser usadas en forma colectiva sin que exista propietario alguno.

Los Huteritas de Canadá constituyen un pueblo comunal en que se comparten la mayoría de los bienes, aunque haya en ellos un propósito adquisitivo. Entre los indios Navajos, los animales domésticos ya reciben la marca de propiedad de los niños que los van a heredar.

De las sociedades comunales modernas, la más conocida está constituida por los Kibbutzen israelitas, donde los pequeños son cedidos por sus padres para el trabajo colectivo, pero aun en ellos surge cierto egoísmo dado que es común que se reclamen: juguetes, utensilios o toallas. Resultan frecuentes los pleitos como ocurren en cualquier sociedad capitalista.

Los mismos rusos son adquisitivos e ingeniosos y en el fondo nunca se ha pensado que el socialismo haga desaparecer las posesiones. En la Unión Soviética se ha hecho desaparecer la propiedad privada en lo que se refiere a la explotación del hombre por el hombre y el exceso de riqueza, pero se permite que uno conserve los objetos que le sean propios. La sociedad no renuncia a las pertenencias, porque esto traería como consecuencia el resentimiento de sus miembros.

Aspectos psicológicos del egoísmo

Desde que nacemos queremos que los objetos nos pertenezcan y la primera lucha que entablamos es por la posesión de la madre. Pronto marcamos nuestro territorio e impedimos que nadie lo ocupe. Al adquirir el lenguaje podemos afirmar: «esto es mío». Con frecuencia observamos las peleas entre los hermanos por la propiedad de cualquier juguete por insignificante que éste sea. Es por ello que Sigmund Freud escribía en *Psicología de grupo y análisis del yo* de 1921: «El niño no únicamente siente los temores en la infancia, sino que siempre está vigilando la presencia de un extraño que venga a apropiarse de lo que es suyo. Todo esto lo podemos observar en la casa cuna donde hay muchos niños y también lo vemos en la envidia que siente el hijo mayor cuando se recibe a uno más joven. Este será objeto de todos los celos porque tratará de robarle la cercanía con los padres y de quitarle todos sus privilegios. Como consecuencia de que los padres amarán al recién nacido, el hijo mayor tendrá que reprimir sus impulsos hostiles y se verá forzado a expresar éstos contra otros niños. También puede suceder que se identifique con ellos y entonces crecerá una tropa con un sentimiento comunal o de grupo que fundamentalmente se desarrollará en la escuela».

Esta reacción como Freud la llama es el primer clamor por la justicia y por igual tratamiento para todos: «Si uno no es el favorito, nadie debe de serlo». En este mismo sentido el creador del psicoanálisis afirma que la emoción grupal se ve claramente en los adultos cuando se hacen socios de un clan y nos dice: «Lo que aparece en la sociedad como espíritu de grupo indica que todos debemos tener lo mismo».

Sin embargo, Freud era hostil al comunismo y en *El malestar en la cultura* de 1930, escribió: «No me concierne a mí criticar el sistema económico. No sé tampoco si la abolición de la propiedad privada es conveniente o ven-

tajosa, pero soy capaz de reconocer las premisas psicológicas en las que el sistema está basado, las cuales son ilusiones insostenibles. El abolir la propiedad privada se usurpa a los seres humanos de uno de los instrumentos de la agresión, ciertamente uno fuerte, aunque no el más potente, pero no hemos alterado las diferencias e influencias que son mal utilizadas por la agresión, ni hemos cambiado su naturaleza. La agresión no fue creada por la propiedad, sino que reinó sin límite en tiempos primitivos cuando la posesión era escasa y aparece aún en época de la crianza antes de que la retención tome su forma en la fase anal, es decir la agresión existe como base de cualquier relación de afecto y amor entre las personas (con la sola excepción de la madre con el hijo). Si separamos los derechos personales sobre la riqueza material existe aún la prerrogativa en el campo sexual que está confiada a convertirse en violenta hostilidad entre los hombres que en todo lo demás se encontrarán en igualdad de circunstancias. Si aún llegamos a quitar ese factor, permitiendo la completa libertad sexual, aboliendo la familia, la cual constituye al célula germinal de la civilización no podemos prever que nuevos caminos del desarrollo tomará la cultura, pero una cosa debemos esperar y esto es que las características destructivas de la naturaleza humana seguirán allí».

[Continuará]